

COLECCIÓN
TESTIMONIOS

DIENTES DE LECHE



VICTORIA DAONA

V **VERA**
editorial cartonera



Mandarinas
bajo el sol

DIENTES DE LECHE

DIENTES DE LECHE

COLECCIÓN
TESTIMONIOS

VICTORIA DAONA



Mi forma de escribir es mi forma de ser,
o la forma en la que terminé siendo

JOAN DIDION

En agosto de 1989 mi papá se fue de casa un domingo por la noche después de cenar.

Mi tía M. fue testigo del anuncio y siempre me cuenta que después de decir eso, mamá se puso a cocinar una pascualina, cenaron juntos y papá se fue.

¿Será que mi mamá no creyó que se iba para siempre y por eso se puso a cocinar? ¿Será que lo hizo para bajarle el volumen al asunto? ¿O para que el tiempo hasta la partida pasara más rápido? ¿Por qué te pusiste a cocinar mamá? ¿Qué hacíamos mi hermano y yo mientras eso sucedía?

Pienso que las respuestas a mis preguntas son más sencillas: mamá se puso a cocinar porque teníamos que comer. En el barrio en que vivíamos no había demasiados negocios para pedir comida, menos un domingo por la noche. Tampoco nosotros teníamos teléfono para pedir. Así que, aunque hubiera deseado tirarse en la cama a llorar tras el anuncio de papá, imagino que primero quiso darnos de comer y hacernos dormir para poder llorar tranquila. Lo que me sorprende es que haya elegido cocinar una tarta pascualina porque no es algo rápido de preparar. Supone al menos cuatro pasos en su elaboración: hervir la acelga y los huevos, blanquear la cebolla, armar el picadillo y meter al horno.

No recuerdo nada de cómo fue para nosotros esa noche, mucho menos del sabor de aquella tarta. Después de que papá se fue: ¿la tía también se habrá ido? ¿Nos habremos quedado solos los tres? ¿Y a la mañana siguiente? ¿Mamá se fue a trabajar? Escribo con un nudo en la garganta el comienzo de lo que sería nuestra verdadera vida. No lo sabía entonces pero a partir de ese lunes por la mañana, los cinco años vividos con papá comenzaron a ser una ficción del pasado.

Desde aquella mañana de agosto hasta ahora, construí las mil y una hipótesis sobre lo que pasó con papá, sobre por qué se fue así y nunca más volvimos a tener aquella cercanía.

Los que nos conocieron juntos dicen que él me adoraba y mamá dice que fui una hija muy deseada. Miro las fotos de cuando soy bebé y algo en sus ojos me dice que es así. Y también descubro esa adoración en las pocas veces que nos vimos después. En la forma tan exagerada que tiene de decirme siempre lo bella que soy y en el modo solemne en el que pronuncia mi nombre completo: Victoria.

Vuelvo a mirar aquellas pocas fotos que tenemos juntos. En una, mamá me tiene a upa y me da la mamadera, papá está sentado en un banquito y me mira embobado. Mi mamá también, de su amor siempre tengo certezas. Lo novedoso es descubrir que yo estoy mirando a mi papá en una complicidad que fue de los dos y ya no existe.



El afecto dentro de la familia se construye socialmente, sobre la base de la cercanía en la convivencia, de las tareas de cuidado y protección, de la intimidad compartida, de las responsabilidades familiares que las demás instituciones sociales (la escuela, la Iglesia, el Estado) controlan y sancionan. Hay, entonces, una tensión irreductible entre el amor y la pasión en la elección de la pareja —que pueden acallarse o desaparecer con el tiempo— y la responsabilidad social de los vínculos de parentesco, que se extienden a lo largo de la vida. (*Pan y Afectos*, Elizabeth Jelin)

Al momento de toparme con esta lectura, Juan —mi hijo mayor— era un bebé de pocos meses. Yo estaba enamorada de ese gordito hermoso y cachetón que sonreía apenas escuchaba mi voz, a la vez que estaba abrumada con lo que su cuidado y atención suponía. No podía solo amarlo. Además, debía (y debo) cuidarlo: una responsabilidad que es hermosa y también es mucha. Porque el cuidado supone el aseo, la contención emocional, la alimentación, la educación, en muchos casos también supone la diversión y hasta la posibilidad de la imaginación. Menuda tarea.

Entonces cuando leí esta frase sentí que algo sacudía mi biografía. Papá se había ido de casa cuando yo era muy chiquita y todas las tareas de cuidado y protección las había realizado mi mamá y en algunos casos también Luis, que fue su segundo marido. Papá no había estado ahí: después de irse aquella noche, dejó de llevarme a la escuela, de ir a los actos, de llamarme para saludarme por mi cumpleaños, ni siquiera se preocupó por mi salud, él que es pediatra.

¿Por qué, papá? ¿Por qué si antes nos mirábamos embobados?

Pienso en la libertad, que es lo que papá le dijo a mi hermano que nos regaló cuando se fue de casa. «Les di la opción de ser libres» le había dicho aquella vez que se encontraron y, aunque mi hermano le pegó una piña, me doy cuenta ahora que es el único mandato familiar que José respeta a rajatabla: «ser libre».

De alguna manera yo también respeto sus mandatos, quizás por eso estudié literatura (papá ama la poesía, en especial a Vallejo). Y

quizás también por eso le puse Martín a mi hijo menor, siguiendo la tradición familiar que él instaló cuando nombró a mi hermano José Martín. «El nombre se lo puse yo» dice papá con orgullo cada vez que alguien le pregunta. «Por el Martín Fierro fue que lo elegí».

Mi nombre, en cambio, lo eligió mamá, por la película *El exilio de Gardel* en donde los protagonistas —exiliados argentinos que vivían en París— tenían una hija a la que llamaron Victoria. Nací en julio de 1984 y creo que si hiciéramos una búsqueda comparativa de cuantas nenas llamadas Victoria hay entre 1983 y 1984 en Argentina, veríamos que la elección de mamá no fue original. De todas maneras, es un nombre bello en su significado y fuerte en su musicalidad.

Cuando le pregunté a mi mamá por qué lo eligió, me dijo que a ella le pareció «el nombre» y que mi papá estuvo de acuerdo inmediatamente. Afirmaciones categóricas al estilo «el nombre» para ponderarlo con relación a otros, son muy de mi mamá. Formas de nombrar que, sin hacerlo, arman una cadena de valores en donde lo que ella pondera es tope de gama y después viene lo demás.

Y yo ¿por qué le puse Martín a mi hijo? ¿Por qué quería que se llamara igual que mi hermano?

Pienso ahora que hubiera sido mejor seguir el mandato de la libertad antes que el de nombrar, hubiera sido mejor soltar la historia de papá como lo hizo José. Pero no, aquí estoy dándole y dándole vueltas a este asunto, nombrando cosas, haciéndolas hablar.

Casi a los cuarenta años construí una primera respuesta pública a su ausencia en la nouvelle *Una familia para mí* que publiqué en 2023. Escribí el libro en el taller de escritura autobiográfica *Mandarinas bajo el sol* que armamos junto a Pedro, mi compañero. Es un libro luminoso y triste que me permitió ordenar las pocas cartas que papá me mandó a lo largo de los años y comprobar que, aunque él se perdió de vernos crecer a mi hermano y a mí, esos escasos mensajes epistolares están entre mis cosas preciadas y ahora también están en aquel libro.

Antes de publicar el libro, les mandé el manuscrito a mi mamá y a mi hermano. No les pedía autorización, pero tampoco quería lastimarlos. Aquella era la historia que compartimos nosotros tres.

José, siguiendo el mandato de papá, me dio vía libre para hacer lo que yo quiera. Mamá dijo que le daba pena leer la historia y no mucho más.

To see takes times es una frase de Georgia O'Keefe, pintora norteamericana que se destacó por el estudio de la naturaleza, las formas y el color. En cuanto a mí, todo el año estuve pensando en papá. Toda la vida en realidad. *To see takes time*. Promediando septiembre decidí que lo vería antes de que termine el 2024 y lo cumplí: sucedió el 22 de diciembre.

«Ver lleva tiempo» sería la traducción y eso fue lo que pasó la última vez que nos encontramos: yo pude ver a mi papá (el subrayado es mío).

Me estaba esperando sentado en una silla en la galería de la casa de la tía L., fumando un pucho, apoyado en un bastón. Fue la primera vez que lo vi con bastón. Cuando me vio llegar agarró una bolsa de super, como las del Doctor Chapatín, y me la entregó. En la bolsa había plata. Siempre que nos vemos papá me da plata. Yo digo que es un gesto de la tradición árabe, pero quizás sea un gesto suyo. Lo de la plata es un tema que me incomoda. Yo siempre necesito plata y aunque él es mi papá, cada vez que acepto lo que me ofrece, me da entre culpa y fastidio. Como si me faltará dignidad para decirle que no, o peor aún, como si solo tomara de él cosas materiales.

El encuentro sucedió porque yo le dije a una prima que quería verlo y ella se ocupó de organizar todo. En los más de treinta años que pasaron desde que dejamos de vivir juntos, solo tengo el registro de una única vez en la que papá pidió hablar conmigo y yo dije que no. Fue cuando un vecino lo encontró tirado en su casa, llamó a una ambulancia y lo derivaron al Hospital Padilla. Una vez internado, los médicos intentaron contactar a alguien de la familia y dieron con el teléfono del colegio de mi tío I. Cuando el tío y su familia

llegaron a ver a mi papá es que pidió que me llamen para hablar conmigo. Tengo la sensación de que él sentía que se moría. En ese momento yo no quise hablar, me molestaba la situación y también me molestaba imaginar la posibilidad de tener que hacerme cargo de mi papá en esas circunstancias, cuando él nunca lo había hecho por mí. Me parecía injusto porque yo nunca fui una niña mártir.

Esta vez todo se dio bien y nos encontramos. Él se lamentó de no haber traído mi libro para que yo se lo firme y aunque me dijo que le encantó, sobre todo le gustó que cuente la historia de los abuelos, también me dijo que él no se reconocía en mis palabras. Y creo que tiene algo de lógica, porque yo escribí sobre el padre que él fue para mí y él se leyó desde un lugar que nunca sabré bien cuál es.

¿Cómo te reconoces vos papá? Están tus cartas ahí, ¿tampoco te reconoces en esa escritura? ¿Y si hablara de esa foto en la que tomo la mamadera y nos miramos? ¿En esa foto sí te reconocerías?

Y en esta otra foto, ¿te reconocés papá?



Es del día en el que recibís tu título universitario de Doctor. Estás haciendo el juramento hipocrático. En frente tuyo hay un señor que pareciera leer algo. No están solos en la escena, hay otras personas atrás, pero vos sos el protagonista. Estás con una corbata a rayas que hace juego con el traje y una camisa que intuyo celeste pero puede ser blanca. La combinación es perfecta como el peinado, raya al costado y gomina. Me gusta esa patilla al estilo San Martín. Se te ve elegante, impecable y atractivo. Un verdadero doctor. El tipo de hombre que le gusta a mi mamá. El hombre del que se enamoró y con quien tuvo sus dos primeros hijos. José Oscar Daona, el pediatra.

Hace algunos años le pregunté a mi mamá que fue lo que la había enamorado de vos, papá. «En esa época se usaba el hombre denso», me dijo y las dos nos reímos. Después acotó que eras un hombre encantador y elegante. Denso, encantador, elegante. Los adjetivos que usa me hacen pensar en un narcisista o un dandy. En ambos casos llego a la misma conclusión: eras un mal partido, viejo. Pero, ¿cómo podía saberlo mamá entonces? Estaba enamorada de vos y era muy joven. Además, siempre fuiste buenmozo.

En la foto de tu recibida, tu sombra proyectada por el flash es inmensa, mucho más que la de las otras figuras. Tu cabeza sobresale del marco de la imagen y se corta. Se ve con nitidez tu brazo extendido y la mano erguida al momento de jurar absoluto respeto por la vida humana. En tu sombra gigante, el brazo que hace el juramento me devuelve una certeza que me conmueve. La foto captura el momento justo en el que comenzaste a ser el Doctor Daona, el único compromiso que no abandonaste a lo largo de tu vida. Tu verdadero amor: la medicina.

Vuelvo a mirar la foto y encuentro un detalle que no vi nunca, el marco en su lado derecho tiene una pequeña leyenda: «MAR. 76 C».

Le escribo a un amigo fotógrafo y le consulto. Transcribo su respuesta:

«Esa es la fecha del procesado de la película. ¡En esa época salían con fecha!».

Marzo del 76. Quizás no coincida con la fecha de la toma. Dependiendo de la época, tardaban más o menos días en procesar la película.

Igual que con la foto de la mamadera cuando descubro que nos miramos, este hallazgo me inquieta por varios motivos.

El primero tiene que ver con mi largo recorrido investigando sobre el terrorismo de Estado en Argentina y en Uruguay a partir del análisis minucioso de testimonios de sobrevivientes. Escribí tres tesis al respecto y varios artículos en revistas y capítulos de libros sobre diferentes modos de nombrar el horror, en especial me dediqué a leer las narrativas de los hijos y las hijas de desaparecidos y en algún momento me hice experta en esos entramados entre infancia, subjetividad y trauma. También entrevisté a víctimas, familiares y sobrevivientes, trabajé en un archivo sobre la memoria de aquellos años y ahora trato de reconstruir qué sucedió en Monteros —la ciudad en la que me crie cuando mamá y papá se divorciaron— durante aquellos años de horror.

Marzo de 1976 es el inicio formal de la última dictadura cívico militar en Argentina, aunque en Tucumán la cosa empezó un año antes, en febrero de 1975 con el Operativo Independencia.

Papá se recibió en ese período, no tengo certezas de una fecha exacta, pero tengo la foto que dice eso. Meses más o meses menos, terminó sus estudios en esa época y, por lo que cuenta mi mamá, después se fue a trabajar en El Carmen, Jujuy. En un insilio se fue, porque a los abuelos les requisaron la casa los milicos. No me queda muy claro a quién buscaban, pero lo que sé es que después se fue a Jujuy y vivió allí hasta el año 1982, momento en que regresó a Tucumán y conoció a mi mamá.

Esos años de papá en El Carmen son el segundo motivo que me inquieta cuando descubro la fecha de la jura en el marco de la foto. Lo poco que sé de ese tiempo que estuvo allí es que ejerció la profesión con su título ya otorgado y que nació Luciana, su hija mayor, mi hermana, a quien también dejó de ver cuando volvió a Tucumán y a quien yo nunca conocí.

¿Por qué, papá? ¿Por qué tuviste hijas e hijos a los que dejaste luego? ¿Qué más pasó en el Carmen, papá? ¿Por qué te fuiste allá? ¿Por qué volviste después?

Mi papá fue el primero de toda nuestra familia paterna en acceder a la universidad. El cuento es que su hermana mayor —la tía S.— que trabajaba como moza, lo ayudaba con el dinero que recibía de sus propinas para que él pudiera estudiar. No sé muy bien en qué momento hizo la residencia en pediatría, pero por lo que cuenta mi mamá fue un pediatra muy respetado y muy querido.

En mi primer cumpleaños, el vestido que tengo puesto es un regalo que le hizo una paciente. Mi mamá dejó asentado el registro en un álbum de fotos que me preparó cuando yo me doctoré. Escribe mi mamá: «11/7/85. Con tu papá, el vestido te lo regaló Dolly Rodriguez, amiga y paciente de tu papá». Es un vestido hermoso, color rosa viejo, con cuello enorme (como siempre le gustó ponerme a mi mamá) y un bordado de panal de abeja.

M'ijo el dotor, ese es mi papá. El modelo de una Argentina en la que se ascendía de clase social mediante la educación pública, laica, gratuita y de calidad.

El verdadero amor de mi padre fue su profesión: ejercer la medicina con devoción y entrega en un dispensario en la localidad de Las Talitas en las afueras de San Miguel de Tucumán. Una zona con muchas carencias. Papá sostuvo ese trabajo durante más de treinta años. Se jubiló allí.

Tengo algunos recuerdos de haber ido a verlo en ese consultorio cuando ya se habían separado con mamá. Quizás fue una vez, a lo sumo dos. Éramos chicos y papá nos hizo pasar entre un paciente y otro. Nos sentamos en la camilla y conversamos de algo que ni idea. Lo que sí recuerdo es el swing con el que yo movía las piernas de forma disociada mientras colgaban de la camilla: adelante y atrás, adelante y atrás, adelante y atrás.

Muchos años después volví a buscar a una amiga que ahora es la pediatra del lugar. Cuando dije mi nombre un muchacho

administrativo volteó a verme y me preguntó qué parentesco tenía con «El Doctor». Así le dicen a mi papá en los lugares en que lo conocen: «el Doctor». Ese es el nombre que más le gusta a él también, ese que comenzó a tener el día de la foto, en marzo de 1976: el Doctor Daona.

Cuando le dije que era su hija, el muchacho se emocionó: «su papá me enseñó todo lo que sé del trabajo», me dijo con una gratitud que le brillaba en los ojos. «El doctor siempre decía que había que estar bien arreglado para ir a trabajar y atender amablemente». Dos preceptos que mi viejo aún cumple a rajatablas. La última vez que lo vi, aunque le faltaban algunos dientes, la camisa bordó estaba impecablemente planchada. Los zapatos abotinados brillaban en su lustre y su trato era afable y cariñoso. Esa es la imagen que más lo representa, aunque se me vienen ráfagas de recuerdos que complejizan esa figura cariñosa y arreglada.

Recuerdo peleas entre mi mamá y mi papá el último verano que pasamos juntos. Me acuerdo que durante una siesta ellos discutían en el dormitorio de la casa del barrio Padilla y yo les preparé un café que llevé en una bandeja para tratar de amenizar el momento. No tenía ni cinco años cuando eso sucedió, porque mi hermano José aún no había nacido o era apenas un bebé. Tengo el recuerdo de que las persianas que daban al patio estaban cerradas, seguramente por el calor de la siesta tucumana, y que por los espacios que había entre listón y listón, entraban algunos rayos de sol. En esa penumbra preparé el café. Quizás fue esa tarde el momento en el que comencé a tenerle miedo a las discusiones. No recuerdo ni el tono ni lo que sucedió después de esa pelea. Pero lo real es que a los pocos meses se divorciaron.

Y otra escena aún más vaga se me viene a la memoria. Tengo diecisiete años y quiero viajar a Buenos Aires para despedir a un amigo que está regresando a Estados Unidos. Es agosto de 2001 y mi vieja, una empleada estatal a cargo de tres hijos, ya está pagando mi viaje de egresada a Bariloche. Son épocas en las que vivimos sin un mango, pero yo soy adolescente y obstinada, entonces se me ocurre que la plata me la puede dar mi papá. En ese momento me

resulta un acto de justicia ir a buscarlo para pedirle esto. Consigo su dirección y voy con una amiga. Llegamos y tocamos la puerta pero no atiende nadie. Nos quedamos un rato largo esperando hasta que sale una señora que es su vecina y le contamos la situación. «Vos sos la hija del Doctor» me dice muy efusiva y nos hace pasar. Golpeamos y mi papá sigue sin atender. La vecina me presta papel y lápiz para dejarle una nota por debajo de la puerta. Cuando me asomo a la ventana de su casa veo una mesa redonda llena de cosas, una tele colgada por un soporte y cajas de cartón. Todo un poco desordenado. En un costado logro visualizar la tabla de planchar y en el soporte de la tele veo una camisa que cuelga de una percha, prolijamente planchada.

No recuerdo si papá respondió la nota o no. Era la primera vez que yo intentaba acercarme desde que él me había dejado plantada en la policía federal en 1999, cuando viajé con mis amigas a Disney y Miami. Era la época del uno a uno. Mamá sacó un crédito personal en dólares para que pudiera viajar. Lo único que necesitaba de papá era su firma en el pasaporte. A través de su hermano logramos acordar una cita en la policía federal. Con mamá llegamos temprano y esperamos durante casi tres horas a que apareciera. Nunca lo hizo.

Por suerte mamá tenía unos viejos papeles que nos habían autorizado a salir del país sin él años antes. Entonces apeló a conmovier a los policías, ellos nos habían visto allí esperando y estaba ese papel como antecedente. Yo lloraba sin consuelo mientras mamá lograba convencer a los oficiales de que aceptaran nuestras razones y así pudimos concretar el trámite. Tengo la sensación de que ella salió empoderada de allí. Así me pasa a mí con la obra social de mi hijo menor, cada vez que tengo que dar una batalla ante una prestación que nos quieren retacear. Aquella vez en la policía federal, Mamá, como siempre, salió al rescate y lo logró. Yo, en cambio, me fui iracunda y decidí ese día que no volvería a acercarme a papá.

Unos meses más tarde recibí esta carta suya.

Para una hija que no quiere verme:

Me hubiera gustado empezar simplemente con un «Querida hija»; pero así son las cosas.

Estoy mirando una foto donde apareces con tu hermano; qué felices que parecen. Esto parece la letra de un tango, pero es cierto.

Me dicen que sos hermosa, de eso no tengo dudas.

Conozco cosas tuyas y muchas por terceros. Sé, por ejemplo, que sos una excelente alumna, me cuentan de tus actividades ¡Qué salís a boliches! Pavada de cosas.

Y sé también, que no querés verme.

(en este momento acabo de prometer a un amigo escritor, que te enviaría esta carta).

Te decía, sé que no querés verme, pero eso es justificable. Lo entiendo.

Lo importante para mí es saber que estás bien. Que hay gente que te quiere, te contiene, te protege, te da cosas. Todo esto para que vos puedas ser feliz. Gente que vos querés y gozan de tu contacto cotidiano.

Gente a quienes agradezco tanto.

Esta tarde hay un sol hermoso y vuelvo a recordar un viejo poema «no hay nada más hermoso y más cierto que la vida».

El sol de esta tarde es el mismo o parecido al que nos acompañó a un picnic que vos y yo hicimos juntos. Hace mucho tiempo. Vos tenías apenas 5 años.

Escribí aquella tarde las sensaciones que me produjo estar con vos. Con vergüenza te las reenvío. No las releí nunca.

Tampoco olvido cuando juntos aprendimos los colores. El mundo por vos, desde entonces, sigue siendo azul.

Cómo no recordar tu desesperación en alguna navidad cuando no llegaba tu «valiga de nenuco» (así lo escribías entonces). Conservo tu pedido.

Son tantos los recuerdos: tus dolores de oído, el nombre de tu maestra en tu primer jardín. Mi orgullo por tu compañía cuando íbamos a cobrar y de paso mostrarte la peatonal y decirte para tu orgullo que tu madre la había diseñado.

No puedo olvidar tu indiferencia cuando te invité a conocer una emisora de radio que vos veías por primera vez.

En fin hija, me diste tantas cosas. El reinventar cuentos. ¿Te acordás el del timbre de la Vieja Cachavacha? Era bastante malo, lo reconozco.

Aunque reniegues de esto, vos y tu hermano, en mi balance, justifican mi existencia.

Es poco, muy poco lo que doy y aun sin parecerlo, mucho lo que recibo de ustedes. Por eso simplemente gracias.

Con mucho amor

¿tu padre?

Pd: esto es una primera aproximación.

Releo la carta ahora y descubro en sus palabras esa intimidad que compartimos, que está en las fotos y que luego perdimos, o que al menos yo perdí con él. Papá menciona anécdotas nuestras que no recuerdo y que él pareciera tener muy presentes en su mente. No me sorprende, cada vez que converso con él tengo la sensación de que se quedó detenido en otra época. Habla con familiaridad de amigos a los que dejó de ver en el mismo momento en que dejó de vernos a nosotros, menciona como conversaciones actuales palabras que se dijeron en el pasado. No sé bien cómo explicarlo pero siento que quedó atrapado en una temporalidad que solo existe en su cabeza.

Mis amigas de toda la vida hablan de historias que vivimos juntas y que no recuerdo en absoluto, como los pormenores de esas vacaciones en Villa Gesell. Ellas aseguran que fuimos estafadas con el alquiler del departamento y que por suerte los tíos de una de nosotras nos ayudaron a alquilar de nuevo. Ni aun escuchándolas puedo recordar lo que dicen.

Llevo años estudiando temas de memoria y aunque sé que se trata de un proceso selectivo, me sorprende vivirlo en carne propia. Empecé a interesarme en estos temas durante mis años de estudiante universitaria, cuando leí algunos relatos testimoniales sobre las experiencias uruguayas, argentinas y salvadoreñas. En ese momento, 2005, la única profesora de la facultad de filosofía y letras de Tucumán que nos daba a leer sobre terrorismo de Estado era

Rossana Nofal, de Literatura latinoamericana. Yo me acerqué a ella entonces para hacer el trabajo final de su materia sobre las cartas de Rodolfo Walsh y, si bien nunca escribí ese trabajo, con Rossana empecé a indagar en la obra de Mauricio Rosencof, uno de los nueve rehenes tupamaros que permanecieron secuestrados durante doce años en distintos centros clandestinos de detención en Uruguay.

Fue con Rossana y con Rosencof que comencé esta carrera académica que pivotea siempre entre las letras y las ciencias sociales y se enmarca en el campo de estudios de memoria. Cuando arranqué tenía la ilusión de demostrar cuáles son las formas en que la literatura crea y/o modifica realidades que inciden en la vida de las personas. Estaba convencida de que podría comprobar que las ficciones no son solo un reflejo de la realidad sino que colaboran en la experiencia del mundo que construyen los lectores. Quería hacer algo importante, dejar una marca dentro del campo de la crítica literaria pero también dentro del mapa de las ciencias sociales. Quería construir una categoría tan potente como la de «vistas del pasado» de Beatriz Sarlo o analizar un género literario como lo hizo la China Ludmer con la gauchesca.

Así fue que al terminar la Licenciatura en Letras en Tucumán y después de escribir sobre Rosencof, me instalé en Buenos Aires para hacer un posgrado en Ciencias Sociales bajo la dirección de Rossana y de Elizabeth Jelin, la socióloga más arriesgada de Argentina. «Shevy», como le dicen a Jelin sus conocidos y amigos, había armado y consolidado el campo de estudios de memoria en el Cono Sur pero además es una de las primeras académicas feministas que aborda el tema de los cuidados familiares atendiendo a una perspectiva de género. Con ella aprendí que para las mujeres las responsabilidades domésticas siempre están empañadas por el amor. Quizás hoy, en 2025, esto que digo resulte una obviedad pero no lo era en 2008 cuando la conocí. De ella es la frase que habla de las formas en las que se construye el afecto al interior de las familias a partir de la cercanía en los vínculos y el ejercicio de las tareas de cuidado. Una responsabilidad afectiva que los adultos, perdure o no la pareja, deben mantener para con los niños.

El avance de mis posgrados y las escrituras de mis tesis —y digo en plural porque fueron una maestría y un doctorado— están atravesados por mis experiencias con la maternidad. Juan, mi primer hijo, nació un mes después de defender mi tesis de maestría titulada *Escritura de mujeres: intimidad, militancia y terrorismo de Estado en Argentina* en la que analicé una serie de novelas y de testimonios sobre la lucha armada que tenían a las mujeres como autoras y protagonistas. Me gustó mucho escribir esa tesis, sentía que en simultáneo estaba acariciando los inicios de un sueño en el que mi carrera y mi maternidad se entrelazan hasta el día de hoy. Porque así como desde la época de la facultad soñé con ser como Sarlo o Ludmer, desde mi más tierna infancia soñé con ser mamá y formar una familia. A los 9 o 10 años deseaba tener 4 o 5 hijos, en su mayoría varones con nombres largos tipo Gerónimo, Lisandro o Joaquín. Fantaseaba en que todos crecían fuertes y sanos y que yo era la mamá piola de la escuela que los pasaba a buscar en una Cherokee a ellos y sus amigos para llevarlos al club. En esas fantasías al más terrible estilo Susanita, la vida transcurría holgada y cómoda por las calles de Monteros. En una entrada de mi diario íntimo de abril de 1996 escribí una lista de datos personales en los que consigno:

Algo que formar: una familia

Algún temor: no ser mamá y perder a mi familia

Para cuando nació Juan yo ya era licenciada y también magister, estaba cumpliendo —de a uno— mis sueños. Lo que no estaba previsto en ningún lado fue el sacudón que significó pasar del plano de la fantasía —o la ficción— a la realidad de la maternidad. Y no fue tanto por lo inesperado del nivel de demandas y obligaciones, sino por la culpa. Un sentimiento que no había experimentado con esa intensidad hasta entonces. Me da culpa sentir que no lo hago bien, que mis hijos no son Lisandros o Gerónimos, que vivimos en una ciudad enorme como Buenos Aires en donde no tengo esa red de contención que imaginaba me daría Monteros, que no me

alcanza para comprar una cherokee y que los chicos tienen problemas emocionales y de salud que me cuesta mucho resolver. Hay días en que esa culpa me derrota.

La experiencia de escritura de la tesis de doctorado fue muy distinta a las experiencias de escrituras anteriores: Juan tenía tres años, yo quedé embarazada de nuevo y tuve que hacer un reposo absoluto durante el primer trimestre de ese embarazo porque, junto con el bebé, en mi útero crecía un fibroma que llegó a ser más grande que el embrión y luego se absorbió. La tesis de doctorado suponía revisar la narrativa argentina contemporánea hasta el año 2014 sobre terrorismo de Estado para pensar qué relaciones podían establecerse entre esas ficciones y las luchas por la memoria, la verdad y la justicia que sucedían en la arena pública. Para ese momento, ya habían aparecido algunas novelas escritas por hijos e hijas de desaparecidos pero todavía no eran el boom que fueron más tarde y en el que yo misma me especialicé.

Fue en esas circunstancias que leí *Los topos* de Felix Bruzzone, una novela que me afectó profundamente. Recuerdo estar en cama haciendo reposo y leyendo sobre el desamparo en el que estaba quedando su protagonista, un hijo de desaparecidos que salía a buscar información sobre sus padres y —por circunstancias y avatares de la vida— terminaba secuestrado, torturado y travestido en las montañas de Bariloche. En las últimas páginas del libro, aquel narrador no estaba muerto: estaba desaparecido. Terminé de leer llorando sin consuelo, ahogada en mi propia angustia y con la necesidad urgente de comunicarme con su autor, a quien no conocía pero con quién me sentí unida inexplicablemente. Era un sábado de mayo por la tarde, busqué en internet su correo y le escribí este mail:

Hola Félix, ¿cómo estás? Mi nombre es Victoria Daona. Te escribo porque a raíz de que estoy escribiendo mi tesis de doctorado, estoy leyendo (entre otras novelas), *Los Topos* y no puedo ni siquiera poner en palabras lo que me produjo esa lectura, simplemente decirte que me generó empatía y desazón.

Tampoco sé muy bien con motivo de qué este mail, pero supongo que de alguna manera sirve para pensar en las variantes de recepción de una obra.

En fin, sin dudas la orfandad es algo que pasa una vez y para siempre y yo estoy tramitando esa parte de mi historia, aquí quizás se entienda porque te escribo (me sentí hermanada con ese personaje y esa búsqueda —al final— de nada).

Saludos,

Victoria (mayo de 2015)

Ahora que lo transcribo, diez años después, pienso que eso que me pasó con la novela de Bruzzone es la demostración de mi hipótesis inicial, la que me llevó a construir una carrera académica para comprobar las formas en que la ficción incide en la experiencia del mundo de sus lectores. Una categoría que me gusta llamar «la experiencia vital de la literatura» y que utilizó ahora en mis textos académicos. La lectura de *Los topos* me atravesó profundamente, me llevó a pensar en mi papá y a sentir «empatía y desazón» por esa condición de orfandad con la que yo no me había asociado anteriormente. Pero además, la novela me había cacheteado al demostrarme que, aunque fuera inútil, la búsqueda de los orígenes resultaba inevitable.

Para mi satisfacción, después del reposo pude terminar la tesis de doctorado y seguir como pude con el embarazo. Sin embargo, seis días antes de la fecha programada para la ceremonia de defensa, mi segundo hijo, Martín, nació de forma prematura adelantándose dos meses a su fecha probable de parto. La angustia provocada por su nacimiento anticipado, la incertidumbre sobre si él sobreviviría, los días enteros sin dormir entre la neonatología y jugar un rato con Juan, más el puerperio, desplazaron por unas semanas las fechas de la defensa y archivaron mis vanidades profesionales.

En esas semanas que se debatieron entre la vida y la vida, no hubo categoría crítica que le ponga palabras a esa experiencia. Acababa de ser mamá por segunda vez en una situación muy

adversa y, además, tenía la presión de doctorarme para poder acceder a una beca posdoctoral de Conicet que significaba mi ingreso económico los próximos dos años. Recuerdo haber descubierto entonces que la vida siempre nos pide un poco más de lo que creemos posible. Recuerdo haber descubierto también que el límite de lo que damos lo ponemos nosotras. Martín lloraba constantemente y Juan no podía más de los celos. Ese era mi límite.

La defensa se reprogramó para un mes después de aquel parto y las dos semanas de neonatología. Llegué sin dormir y sin haberla podido repasar completa en ningún momento. De todos modos, estuvo bien. Al terminar hubo brindis y un discurso amoroso de Rossana y rapidito de vuelta a casa a maternar a esos hijos míos que me esperaban. Sentí culpa cuando dejé a mi bebé de un mes para ir a buscar un título más. Pero cuando me consagré doctora en esas circunstancias que hoy calificaría de «heroicas» sentí satisfacción y alivio. La hija del Doctor Daona también era Doctora.

En los días previos a la defensa de la tesis doctoral, mi mamá había venido desde Tucumán para ayudarme a elegir qué me pondría, plancharme el pelo, comprar los sanguchitos para el festejo y darme un abrazo antes y después del «acontecimiento».

Había traído, además, unos regalos elegidos y preparados durante muchos meses. Uno de esos era la piedra aguamarina de mi abuela Cacho, herencia familiar que pasaba de generación en generación. El otro era un álbum de fotografías que armaba mi genealogía familiar comenzando por mis bisabuelos y abuelos maternos, fotos de la infancia de mamá y el casamiento de mis viejos, ella embarazada de mí, y luego mi vida en fotos seleccionadas por mamá que se había tomado el trabajo no solo de elegir sino también de comentar cada una de las fotografías con cosas del tipo: «tu hermano y vos, siempre hermosos».

Celebré esos regalos entonces porque creí entender que la magnitud de lo que ella me estaba regalando podía traducirse en el aluvión de cosas inconmensurables que yo estaba viviendo durante

esos días: un bebé prematuro, un hijo pequeño, un doctorado reciente, un puerperio. Tenía razón en sospechar que mi mamá me entregaba dos piedras preciosas cuya belleza iría descubriendo con el tiempo. Sin embargo hoy, mientras escribo, me doy cuenta que lo invaluable no fueron esos regalos sino los otros. Los que mi mamá me da cada vez que me llama por teléfono o se toma un avión para venir a acompañarme. Regalos que hablan de su presencia en mi vida, de sus ganas de estar para mí, compartiendo tiempo juntas.

En el orden cronológico que le dio mamá al álbum de fotos que me regaló cuando me doctoré y en los comentarios que fue haciendo en cada pie de foto, se hace evidente para mí ese desorden emocional que supone una separación. Son tres o cuatro páginas del álbum en las que aparezco haciendo diferentes cosas en diferentes lugares y mi mamá repone el contexto.

En febrero de 1989 estoy trepada a un árbol en la casa del barrio Padilla que fue la que compartimos con papá. En agosto de 1989 aparecemos mi hermano y yo junto a unos primos en la casa de mi tía Adela. Mamá comenta: «así eran cuando me separé de tu papá, hermosos». De ese mismo mes de agosto hay una foto escolar en la que todos mis compañeritos de jardín llevan la remera del colegio y yo tengo una remera blanca. Recuerdo flashes de ese colegio nuevo, El Kinder, al que me cambiaron en agosto porque quedaba cerca de la casa de mi abuela Cacho que es adonde nos mudamos cuando papá se fue.

En enero de 1990 estamos con mi hermano de vacaciones en una casa en la montaña. Ese mismo año, en otra imagen estoy izando la bandera en El Kinder y mi mamá escribe: «Tenías 5 años, siempre genio». Del mes de julio de 1990 son las fotos de un cumpleaños con la torta de conejo en las que no aparece mi familia Daona. De 1991 hay varias fotos, en una de ellas yo estoy en otro colegio que no es El Kinder sino el Carducci donde fui elegida abanderada. El comentario de esa foto es genial. Pone mi mamá: «Abanderada en el Carducci. Fuiste y sos un bocho. La Cacho decía: tiene una compu en la cabeza».

A ese colegio fui apenas unos meses porque a mitad de ese año 1991, mi mamá y Luis se casaron y nos mudamos a Monteros. Ella ya estaba embarazada de mi hermana Juliana. En agosto comencé las clases de segundo grado en la Escuela Normal de Monteros, teniente general Julio Argentino Roca. Con mi mamá y mi hermano dejamos de vivir con la abuela y comenzamos a vivir con Luis y sus tres hijas adolescentes en un departamento que estaba alejado de la escuela, por lo que al mediodía me llevaba Luis y a la salida volvía caminando con mi nueva hermana Lucía que tiene cinco años más que yo.

En esa nueva vida, lo único inalterable fueron mi mamá y mi hermano. El resto de las estructuras que me sostenían, se derrumbaron para dar paso a otras que resultaron ser las definitivas. Escribo y pienso en los dientes de leche, esos que aparecen cuando somos bebés y que empezamos a perder a partir de los 5 o 6 años para dar lugar a los definitivos. Pienso en esa sincronía que me llevó a cambiar los dientes en el mismo momento en el que cambié de vida. Una evidencia que aparece en el álbum que compiló mamá donde —en más de una foto— se ve mi sonrisa con ventanita en alguna locación de Monteros.

En marzo de 2025, un primo paterno al que solo conozco por sus publicaciones de Facebook, posteó:

Al ver estas fotografías, mi memoria me lleva a recordar 1977, operativo independencia, Tucumán. Yo tenía entonces 12 años, una tarde de marzo a la 17 hs., de mucho calor como tantas, preparando un examen para rendir las materias obligatorias de 1er año de la EAS (escuela de agricultura y sacarotecnia) a la cual había ingresado un año atrás, luego de que mi tío A., me rescatara de la decisión de cambiar de rumbo e irme a vivir al sur. Estando en la estación de tren, en el bajo tucumano, a punto de partir, se presentó y me dijo que traía una propuesta de colegio comercial en San Miguel, lo cual implicaba seguir viviendo en la casa de mis abuelos maternos. Luego esa vacante no se confirmó y gracias a un vecino, amigo, E., que se enteró que en la escuela a la que

él asistía se generó una vacante por renuncia a una plaza concursada, me llevó a hablar con el preceptor del cual no recuerdo su nombre. Un Sr. de estatura baja, prolijo, de corbata roja, ambo azul, camisa blanca, con el pelo corto y electrizado, ojos azules grandes, pómulos sonrosados y tez blanca, hizo todo lo posible para que yo pudiera ingresar. Y así lo hice, había tenido un gran año escolar, me quedaban 6 materias obligatorias para rendir, ya había rendido 3 e iba por la cuarta cuando sucedió lo que cuento. La casa estaba en el conurbano, humilde, chica, sobre habitada que alquilábamos. Allí los domingos al mediodía se reunía toda la familia: hijos, nueras, yernos, nietos y bisnietos a almorzar. Mi abuela preparaba desde el viernes a la noche, se levantaba temprano el domingo para organizar todo, a veces llegaba a 30 personas cuando se sumaban novios al almuerzo. Ahí vivían I., el menor, gran militante político del peronismo de izquierda, organizaba reuniones, pegatinas de afiches con engrudo que cocinaba en casa, estudiante de ciencias económicas; A. que junto a mi otro tío trabajaban de noche en un instituto para menores en situación de calle y problemas con la justicia. A. era una persona muy especial, le gustaba la filosofía y las ciencias políticas. Pasaba varias horas del día leyendo y en las tardes era frecuente que se entrecruzara en discusiones ideológicas con mi otro tío, J. estudiante de Medicina, a las que se sumaba I., cuando estaba presente. Esas tertulias eran apasionantes, intensas por su argumentación filosófica e ideológica. Yo las seguía extasiado, tenían un referente nacional, Dr. Jorge Abelardo Ramos, que luego fundó un partido, FIP, del cual, J., fue candidato a presidente. Ese año con mis tíos y tías nos movilizamos a las marchas y ponencias del líder de este movimiento. Todo el barrio conocía la orientación política de mis tíos y era evidente por la cantidad de gente que pasaba por casa, las banderas, pegatinas de la militancia. Esa tarde, sin saber cómo, nos enteramos que el ejército, en unimog había llegado al barrio con más de 12 soldados en equipo de fajina, portando armas largas, fusiles fal, se apostaron en las esquinas de mi cuadra, bloquearon la salida y entrada, cuatro de ellos avanzaron hacia mi casa, dos se quedaron en la puerta, otros dos entraron por el pasillo, se presentaron como mandados a hacer reconocimiento e identificación

de esta propiedad. Los vecinos estaban en las veredas, todos expectantes por saber en qué momento nos sacarían arrestados, después me contó E., mi vecino, que la duda era si salíamos esposados. Teníamos dos dormitorios, un baño, un comedor, la cocina y el patio. En el comedor, a la cabecera más distante de la mesa estaba mi abuela en un mutismo de abstracción, se imaginaba lo peor. A un costado cercano mi abuelo que rezaba cantando en árabe y tenía un rosario de piedra en su mano que hacía pasar entre sus dedos una tras otra. El otro soldado le pidió a A., que lo acompañara en la requisa; luego de identificarme, me indicó que permaneciera en la mesa donde me encontraba estudiando. Le hizo sacar los cajones, vaciar el ropero, bajo de las camas, luego el baño, la cocina y el patio. Hacía poco tiempo un vendaval había tirado una enorme planta de palta del patio, le indicó a A. que debía moverlo al tronco para confirmar que era realmente lo que había pasado, se trepó a una tapia baja lindante con fondos vecinos y se bajó rápidamente al ser ladrado por 5 perros pointer del vecino. Luego, mientras fumaba, aguardando a que alguno de nosotros perdiera la compostura, cosa que no sucedió, saludaron y se retiraron. Nos cuentan que el unimog avanzó por nuestra cuadra y los recogieron para irse definitivamente. Adentro volvió la calma, mi abuelo repetía vivas y agradecimientos porque no vieron una caja de televisión llena de libros, como así tampoco la biblioteca del respaldo de la cucheta donde yo dormía. Él entendía que había sido en respuesta a sus ruegos a Dios. Por la noche regresaron separados I. y J., asombrados por lo acontecido, contaron que ellos fueron advertidos por los vecinos sobre lo que estaba sucediendo y les aconsejaron que se retiraran del lugar, así lo hicieron.

Su relato no es del todo desconocido para mí, más de una vez escuché ese cuento referido en breves oraciones, aunque no con este nivel de detalle. Hay errores históricos en las apreciaciones de mi primo que me resultan evidentes pero que no importan en absoluto. Porque lo que tiene este relato es la experiencia: mi primo puede recordar cómo era la casa de mis abuelos, cómo eran las discusiones entre mis tíos (A. e I.) y mi papá (J.), incluso aporta un dato

totalmente desconocido para mí: la candidatura presidencial de mi papá por el FIP.

En la familia, a mi papá le dicen *Khusih* (que se pronuncia *Iusi*) y es la traducción de José. Por tradición familiar todos los varones Daona se llaman José, el nombre completo de mi papá es José Oscar y como fue el primero de todos, fue al único que por mucho tiempo llamaron así. En la calle, el nombre de pila del doctor es Oscar.

Mi primo menciona a los tres hermanos varones: J. que es mi papá y mis tíos A. e I. Yo siempre pensé que A. era el que llevaba una militancia más comprometida de los tres, porque él también se fue de la provincia en algún momento y regresó con la democracia. Pero parece que fue I. el más comprometido y creo que es el que siempre siguió en Tucumán. Lo que me resulta muy familiar de la historia son las discusiones acaloradas entre los hermanos. A lo largo de la vida, los tres se han juntado en diferentes bares a cafetear, conversar, discutir y reírse juntos, los recuerdo así. La última vez que vi a mi papá en casa de la tía L., fue I. quien lo llevó al encuentro. Éramos muchos parientes en esa merienda pero la complicidad era la de los hermanos varones. Esa tarde la gran ausencia fue A., que estaba enojado con mi viejo por algo que había sucedido. Ese es el lado B de mi papá: hacer estallar sus vínculos afectivos, lo que contradice con la imagen cálida y tierna del Doctor.

Vuelvo al relato de mi primo. Me conmueve mi abuelo rezando en árabe mientras les requisaban la casa y sus posteriores gracias al cielo porque no habían descubierto los libros. Sé muy poco de este abuelo y lo que sé no es lindo, creo que es mi papá el que nunca habló muy bien de él, incluso tengo la sensación de que peleaban bastante entre ellos. Mi abuelo había llegado de Siria para casarse con mi abuela, Amado se llamaba. Logró tener un almacén de ramos generales en la localidad de Villa Quinteros donde funcionaba el ingenio San Ramón que fue uno de los que se cerró durante la dictadura de Onganía en 1966. Con el cierre del ingenio el almacén se vino a pique y la familia entera (mis abuelos y sus siete hijos e hijas) se trasladó a San Miguel de Tucumán. Allí el abuelo comenzó

a vender la quiniela, el telekino y cartones de lotería por la calle. Allí mi papá empezó a estudiar medicina y la tía S. —la mamá del primo del posteo— empezó a trabajar de moza y a darle las propinas a su hermano para que pudiera estudiar.

La casa de mis abuelos quedaba en el barrio Oeste 2 en San Miguel de Tucumán, estaba cerca de la casa que nosotros alquilábamos en el barrio Padilla. Es probable que mi memoria se confunda pero tengo la sensación de que mis tíos I. y T., hermanos de papá, también vivían cerca nuestro. En las fotos de mis primeros cumpleaños (el de uno, el de dos, el de tres) aparecemos todos. Son fotos que me resultan conocidas porque siempre estuvieron entre las cosas de mi mamá y ahora están en ese álbum que ella me regaló. Y hay otras fotos en las que estoy yo en la casa de mis abuelos, esa casa sobre habitada de la que habla mi primo en su relato. Son fotos que compartieron en un chat de WhatsApp que se llama Familia, en el que estamos con algunas primas, primos, tías y tíos. Papá no está en el grupo porque no usa teléfono.

En esas otras fotos se ve el familión que somos alrededor de una mesa. No está la comida que preparaba mi abuela Ester pero sí se ven botellas de vidrio con marcas de gaseosas que ya no existen —como la Spill naranja— y muchos vasitos de plástico con el viejo logo de Pepsi. Yo aparezco entre la multitud de primos y primas, despeinada y muerta de risa, soy una más. También se los ve a mis viejos en el montón, mi papá y mi mamá —que en una aparece embarazada de mi hermano—. Es tan raro vernos así, vestigios de una tribu que dejó de existir.

Me acuerdo que en sala de 4 años mis papás me sacaron del jardín Bichitos y me cambiaron a la escuela pública del barrio Padilla. El delantal de ese nuevo jardín era hermoso, color azul marino con el detalle del bolsillo y del cuello en una tela cuadrillé rosa y blanca. Las telas me las había regalado el marido de la tía T. porque trabajaba en Grafa, una fábrica textil sobre la ruta 38, en el sur tucumano. Fui muy poco tiempo a esa escuela porque creo que mis compañeros me maltrataban bastante. Además, a mitad de ese

año mis viejos se separaron y dejamos la casa del barrio. Mis tíos y mis abuelos siguieron viviendo en esa zona de la ciudad que mi primo llama «conurbano» porque está afuera de las cuatro avenidas principales de San Miguel de Tucumán.

A partir de ese momento no hay más fotos en la casa de mi mamá en la que aparezca mi familia Daona y podría afirmar que tampoco yo aparezco en sus fotos. De mis cumpleaños de cuatro y cinco no tengo registros, imagino que entre el embarazo de mi mamá con mi hermano y la separación de mis viejos, no hubo tiempo o ganas de sacar fotos. Cuando cumplí los seis, con mi hermano y mi mamá vivíamos en la casa de mi abuela Cacho. La torta de ese cumple es inolvidable, porque tenía forma de conejo. Hay muchas fotos de ese día pero en ninguna está mi papá ni mis abuelos ni mis tíos ni mis primos.

Entre los comentarios que recibió el posteo de mi primo en Facebook, una mujer escribió: «Yo anduve por allí días antes llevando a mi hija mayor para que la revisara su tío porque era muy buen médico. Gracias a Dios se curó».

Muy buen médico, ese siempre fue mi papá, aunque ni mi hermano ni sus nietos ni yo hayamos podido aprovechar nunca las excelentes atenciones del Doctor Daona.

La última vez que lo vi en casa de la tía L., él mencionó la poca demanda que hay en las residencias de pediatría del país y dio alguna estadística sobre las mermas en los aspirantes. Se lo decía a un primo que estaba allí y es cardiólogo. Se lamentó profundamente de que los colegas prefieran otras especialidades a la hora de perfeccionarse y se preguntó: «¿qué puede haber más importante que un niño sano?».

Su pregunta me quedó grabada por su sencillez y contundencia. Papá tiene razón y lo compruebo en casa con mis hijos. Sobre todo con Martín, el pequeño, el que lleva el mismo nombre que mi hermano —ese que eligió papá—, por el que tengo que pelear en las obras sociales cada vez que no quieren aprobar una prestación que él necesita para avanzar en el tratamiento de su discapacidad.

Parálisis cerebral no evolutiva es lo que le diagnosticaron cuando tenía dos años y le afecta fundamentalmente su motricidad gruesa y fina pero también sus pautas de desarrollo. Hasta que llegó el diagnóstico, pasé meses muy duros: no había cómo nombrar la rigidez en las piernas de Martín ni su imposibilidad de mantenerse erguido por su propia espalda. Los días nos los pasábamos entre médicos, estudios y terapias y por las noches yo no podía dormir del miedo que me daba imaginar que mi hijo no podría caminar nunca en su vida.

En ese tiempo sin nombre ni diagnóstico, puteé mucho a mi papá. Me daba bronca pensar que yo estaba atravesando ese calvario sola, sin contar con su acompañamiento ni su criterio médico. No me parecía justo, yo soy la hija del Doctor. Creo que hasta extrañé que no me acompañara en ese peregrinaje y llegué a fantasear que era él quien llegaba primero al diagnóstico.

¿O acaso no fue papá el que salvó la vida de mi amiga E.? La historia es que cuando ella nació necesitaba una transfusión urgente de sangre por la incompatibilidad sanguínea que tenía con su mamá y para evitar que quedara con secuelas cognitivas. En el sanatorio debían esperar para hacer ese procedimiento y mi papá advirtió que, si no se hacía de inmediato, E. quedaría mal. Entonces idearon un plan entre mi papá y el suyo para sacarla y llevarla a otro lugar donde ya la estaban esperando. Eso hicieron y funcionó. Los padres de E. se sintieron profundamente agradecidos con mi papá.

Así que sí, entiendo perfectamente el valor positivo que tiene la buena salud en un niño. Que suban de peso todos los meses, que vayan cumpliendo con las pautas de desarrollo acorde a su edad, que tengan el calendario de vacunas al día, que la fiebre baje con el analgésico, que no les agarre broncoespasmo, que duerman serenos y coman variado. Eso es lo que hacía mi papá con sus pacientes, acompañarlos y estar atento a que se mantengan sanos. Siempre tuvo un trato muy amoroso con los niños y sus mamás. Y aún les habla pausadamente y con ternura.

Ese día en casa de la tía L. andaba correteando la hija de uno de mis primos y papá se reía muchísimo con las cosas que ella hacía.

«Qué chinita» decía en voz alta. Fue en uno de esos momentos que me preguntó si yo no había pensado nunca en tener una hija mujer. La pregunta me sorprendió y me enojó bastante. «Eso no se elige, papá» fue mi respuesta. Y él me retrucó: «hay muchas formas de hacerlo posible». «Los hijos llevan mucho trabajo», le contesté aún más fastidiada y como queriéndole evidenciar que tener hijos no es solo traerlos a este mundo, quizás queriendo marcar que ese trabajo que supone la crianza es el que él no se había tomado con nosotros, el que había delegado en mamá y el que había asumido generosamente Luis. «Tenés razón hija —fue su respuesta— pero las chinitas son otra cosa».

Papá tuvo dos hijas mujeres y un varón. La mayor, mi hermana Luciana, jujeña de El Carmen, falleció a comienzos de la década del 2000. Papá me lo contó una vez, me dijo que Luciana tenía problemas renales y que en una de sus internaciones se pescó un virus intrahospitalario al que no pudo sobrevivir. Me hubiera gustado conocer a mi hermana mayor, pero creo que fue ella quien nunca quiso conocernos a nosotros. En la línea sucesoria de Iusi, yo soy la hija del medio y después está mi hermano José, el varón, tan importante para la tradición árabe.

Releo una frase de la carta de papá y la resignifico: «es poco, muy poco lo que doy y aun sin parecerlo, mucho lo que recibo de ustedes. Por eso simplemente gracias». De sus tres hijos, quizás yo, la segunda hija mujer, sea quien se ocupa un poco de él. Y no es porque lo cuide ni mucho menos sino porque lo escribo.

La noticia de la muerte de Luciana coincidió con un breve periodo en el que nos vimos semanalmente. Muchos años antes de que mi hermano se decidiera a pegarle una piña, había ido a buscarlo. No sé bien quién le dio el dato de cómo encontrarlo, pero un viernes por la tarde cuando volvió a la casa me contó que había tomado un café con papá. Yo ya estaba en la universidad y no había vuelto a intentar verlo desde aquella vez que él me había dejado plantada en la policía federal y esa otra que lo fui a buscar para pedirle plata.

Mi hermano y mi papá siguieron encontrándose los viernes en un bar que está frente a la Plaza Urquiza, en la esquina de 25 de mayo y avenida Sarmiento. Unas semanas después, dejando mi enojo adolescente de lado, también me sumé yo. No recuerdo mucho de aquellos cafés, pero sí se me viene al cuerpo la sensación de extrañeza que me provocaba estar allí sentada con mi papá y mi hermano, tomando café como si tal cosa. Muchas veces también estaban mis tíos A. e I. cafeteando con nosotros. Yo era la única mujer entre ellos.

Fue en una de esas tardes que papá contó que Luciana había fallecido. Lo dijo con un tono triste pero sin llorar mientras hacía girar con la mano el encendedor y lo golpeaba suavemente sobre la mesa, en un gesto muy propio. No dijo «tu hermana», dijo «Luciana». Y no sé si mi memoria lo inventa ahora o es verdad que él pudo acompañarla en esos últimos días de vida. En ese momento la noticia de su muerte me resultó un tanto lejana. Ahora, en cambio, su vida me resulta un misterio. Incluso dudo de si habrá llevado nuestro apellido o no. En internet no hay rastros de ella, tampoco vi fotos alguna vez. Escribo su nombre: Luciana Daona y me resulta imposible imaginar un rostro que lo acompañe.

Aquellos encuentros con papá se extendieron algunos meses, yo no iba todos los viernes, mi hermano sí. Y se cortaron de manera abrupta cuando papá dejó de frecuentar el bar. El primer viernes que no apareció resultó raro, aunque probable. Podía suceder que haya tenido un imprevisto y como él no usa teléfono, quizás era imposible avisarnos. Pero ya al segundo viernes que no fue, resultó ofensivo. Quizás por eso fue que mi hermano años más tarde lo buscó para golpearlo y no lo juzgo.

Yo, en cambio, me llamé al silencio. Era la segunda vez que me dejaba plantada y aunque no me enojé como a los quince, durante mucho tiempo cancelé los pensamientos sobre papá. Lo hice hasta que me topé con aquella frase de Elizabeth Jelin sobre cómo el amor en la familia se construye socialmente a partir de los cuidados recibidos y prodigados. Esa certeza sociológica y mi propia experiencia de maternidad descolocaron mi estantería afectiva y desde entonces

comencé a escribir, un poco desorientada, un poco angustiada, un poco abrumada.

¿Qué es lo que quiero decir? ¿Qué es lo que intento saber? ¿Por qué merodeo la figura de papá a través de la escritura? ¿Por qué mejor no le pego una piña?

Ya vivíamos con mi abuela Cacho la noche que sentí que no me entraba el aire. Mi mamá, desesperada, me llevó en un taxi al hospital de niños, yo no podía respirar, me ahogaba intentando llorar y mi mamá me cargaba a upa por los pasillos fríos del edificio. No sé si nos acompañaba el tío F. o estábamos las dos solas. Nos hicieron pasar a una sala que tenía azulejos verdes, una camilla en el centro y una luz blanca tenebrosa. Me acostaron en la camilla y me pusieron una inyección con corticoides que me abrió inmediatamente los pulmones. Recuerdo con mucha nitidez el algodón con sangre que la enfermera tiró en la basura después del pinchazo.

Esa misma semana fuimos a ver al doctor Vigliocco, un pediatra joven recién llegado de Estados Unidos que empezaba a tener buen renombre. Después de algunos estudios el doctor diagnosticó asma y durante un largo periodo de tiempo tuve que hacerme PAF todos los días. No sé si papá alguna vez supo de estos episodios ni de nuestras consultas con el doctor Vigliocco, un colega a quien él ya en ese entonces admiraba mucho.

Tampoco creo que se haya enterado de aquellos episodios reiterados de desmayos que sufrí a mis doce años y por los que tuve que tomar medicación neurológica algunos meses. En el diario íntimo que tenía en aquel tiempo, en la entrada del 13 de diciembre de 1996, escribo: «Ayer me agarró como un desmayo después de haber tenido una conversación muy en serio con P. y bueno estuve súper mal hasta hoy».

P. era una amiga mía con la que hablaba mucho. Me desmayé por primera vez en su casa, después en la casa de otra amiga y la tercera vez fue en la escuela. Esa última vez, cuando me desperté, estaba en el asiento de atrás del Renault 12 azul petróleo, patente

UDT 580. Tenía la cabeza apoyada en las piernas de mi mamá y Luis iba manejando. Les pregunté adónde íbamos y me dijeron que a la guardia del hospital Padilla en San Miguel de Tucumán. Querían que me vea un neurólogo y en Monteros ese día no había ninguno.

Estuvimos horas en el hospital, primero me vio el neurólogo, después me hicieron una resonancia y mientras esperábamos el resultado de las imágenes, vino a verme una psicóloga. Yo estaba acostada en la camilla cuando ella se acercó y comenzó a hablarme. No sé qué le dije, pero sí recuerdo que lloré sin consuelo. Por las entradas de mi diario íntimo me doy cuenta que en esos días yo estaba sufriendo porque estaba enamorada de un chico que no me daba bola. No tenía miedo por mi salud, tenía una pena de amor. Sin embargo, las imágenes diagnosticaron una infección cerebral y el neurólogo me recetó «tegretol». Cuando salimos del hospital nos fuimos con Luis y mi mamá a la farmacia y después a comer una pizza en Il Postino, antes de regresar a Monteros. Para entonces ellos ya estaban separados pero Luis seguía ocupándose de mí como lo hizo hasta el día en que murió.

En este punto de la escritura me trabo y dejo de escribir por algunos meses. Podría enumerar acontecimientos personales que justifican mi silencio (como la recaída de mi hijo Martín con su salud mental y las vacaciones de invierno) y algunos hallazgos editoriales que me enmudecen (como la publicación en 2025 de *Crac*, el libro de Josefina Licitra en el que escribe casi mi misma historia de abandono paterno). Sin embargo, ahora que pienso mejor qué fue lo que detuvo esa escritura, me doy cuenta que es la incomodidad que me genera estar escribiendo sobre lo poco que sé de mi papá y no escribir en cambio sobre mi mamá y sobre Luis, las presencias amorosas que me cuidaron, se preocuparon por mí, me llevaron al médico, me sacaron fotos, se rieron de mis chistes e incluso me retaron cuando me mandé algunas cagadas.

Me repito que «ver lleva tiempo» y ahora me doy cuenta que tardé en ver que quiero que ellos también estén acá porque estuvieron

siempre en mi vida. La cercanía en la convivencia y el compromiso que mi mamá nunca abandonó en la crianza y el que asumió Luis me dieron seguridad, me hacen esta mujer que hoy soy y aunque resulte cursi, es real.

Puedo escribir y contar la historia de mi mamá y de nuestra familia materna. Tengo fotos, información, vivencias compartidas con todos ellos. Les conozco el tono de voz, las mañas, el tamaño de su afecto. Y lo mismo puedo hacer con la familia de Luis que nos recibió a mi hermano y a mí cuando papá nos abandonó y nos acogieron como parte de su tribu. Tengo certezas sobre todos ellos y aunque las certezas no son un material deseable para la literatura, poder narrar la novela familiar de mi vida, vale más. Este es el tipo de experiencia vital con la literatura que siempre estoy buscando, la que trasciende del papel a las tripas, la que me sacude.

En la introducción a mi tesis de doctorado, que es de 2015, escribí la siguiente biografía sobre Luis:

Luis Alberto Kersul nació en Monteros, una localidad al sur de la provincia de Tucumán, en junio de 1949. En marzo de 1968 se traslada a San Miguel, la capital de la provincia, para estudiar ciencias económicas. Su vida de estudiante estuvo marcada por la política universitaria y la música de *The Beatles*. Cuando le preguntábamos por esos años siempre contaba lo mismo: que en las asambleas de la facultad el máximo orador era Mario Roberto Santucho —luego jefe del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y en ese momento, alumno de la misma facultad— y que, aunque no entendía la letra, la canción «And I love her» de *The Beatles* le ponía la piel de gallina.

En noviembre de 1970 como corolario de las fuertes crisis económicas y sociales que la provincia de Tucumán venía sufriendo desde el cierre de los ingenios en 1966, se producen manifestaciones obre-estudiantiles que fueron reprimidas por la Policía Provincial —en ese momento al mando de Jorge Rafael Videla— y que se conocen con el nombre de «El Tucumanazo». En junio de 1972 luego del cierre del

comedor universitario, los estudiantes toman la Quinta Agronómica en señal de protesta y el gobierno provincial reprime fuertemente. El 24 de junio muere el estudiante Víctor Villalba. Estos incidentes se conocen como «El Quintazo». Luis participó activamente de estos enfrentamientos y recordaba con orgullo que había aparecido una foto suya en el diario La Gaceta.

En 2011 fui a los archivos del diario para conocer cuál había sido la cobertura que había hecho de los acontecimientos ocurridos entre 1970 y 1972 y encontré la foto que aparece a continuación y que lleva fecha del 25 de junio de 1972, el mismo día en que se da a conocer la muerte del estudiante Villalba. Luis aparece de fondo, sentado con otros dos compañeros sobre una pared del comedor universitario, con la mirada perdida y una honda al cuello, están escuchando al rector de la universidad hablar sobre lo que estaba ocurriendo en la provincia.



En mi casa hay otras fotos, unas que forman parte del álbum familiar y son de algún enero entre 1971 y 1972. Luis y dos amigos están posando al costado de un Citroën, tienen de fondo la Cordillera de los Andes. Esas fotos son de cuando se fueron a conocer «el Chile de Salvador», como le gustaba decir, y se quedaron muchos meses más de lo que habían planeado porque cada vez que se acercaba la fecha de regreso, alguno de ellos se enamoraba perdidamente «y había que hacerle el aguante a los amigos». Ya no me acuerdo si volvieron en abril o junio, da igual. Lo que sí sé es que en los carnavales de 1973 Luis conoció a su primera mujer y en noviembre de 1974 nació su primera hija, mi hermana mayor. Cuando le pregunté a la madre de mi hermana si tenía más datos sobre aquel viaje me contestó: «lo que sé es que fue una aventura de amigos, de joda, nada de política». Y si bien es probable que esta sea la versión real de los hechos, la versión de Luis no deja de ser verosímil a la vez que es mucho más potente en términos narrativos.



En el marco de la Megacausa de la Jefatura de Policía en Tucumán, en junio de 2010 un testigo dio a conocer documentación secreta de la policía durante los años de dictadura en donde aparecen 293 casos de secuestros, la mayoría de ellos con la observación «DF» (Disposición Final) que significa que fueron asesinados. Entre «los listados de Clemente» —tal como se conocen estos documentos— hay, además de los secuestros, una nómina de «Ds» (delincuentes subversivos) que se encontraban en la clandestinidad pero cuya captura se hacía necesaria y otra de «Operativos aprobados pendientes de ejecución». En esta última lista, la de los operativos aprobados pendientes de ejecución, hay 28 nombres. El número 18 es el de Luis.

En este cuento que armé para mí y que es el que transmito cuando me preguntan sobre él, Luis es un héroe. Y aunque sus hazañas no trascienden los límites de mi afectividad, su foto en el diario y su nombre en las listas me da pie para pensar que en el momento histórico en el que le tocó ser joven, apoyar las luchas revolucionarias, aunque sin militarlas, era noticia y causa de persecución. Y también me lleva a descubrir que, si la policía hubiese ejecutado el operativo 18 de la lista, yo no escribiría esto que ahora escribo porque ese hombre no es mi padre y mi madre lo conoció en los años noventa. Pero, además, me interesa destacar que el cuento de Luis se arma sobre una base empírica que puede constatarse en los documentos públicos aunque principalmente se sostiene por una sucesión de relatos que se narran y se transmiten y que pueden resumirse, a grandes rasgos, en tres tipos: lo que Luis nos contó, lo que otros/as me contaron sobre él y lo que yo puedo contar en base a lo que me contaron, a los documentos y a lo que viví junto a él. Una exhumación que se sostiene en el cruce entre el archivo y mi experiencia.

OPERATIVOS AFROPAIDOS PENDIENTES DE EJECUCION.-

- 1) - Nº 90. MARIA BEATRIZ MOLINA (a) "BERTI"
- 2) - " 91. RUBEN MARCELO ROTAS (sobrino del HUGO LEYES)
- 3) - " 103. LUIS HEBERTO SALAS CORREA
- 4) - " 104. ARMANDO FRANCISCO RAUHALY
- 5) - " 105. NICOLAS ALDERETE
- 6) - " 125. CARLOS DAZAN
- 7) - " 127. ANTONIO BOLOTTO (BO) "MARCELO"
- 8) - " 128. JUAN I. QUINTEROS (BO) "NESTOR"
- 9) - " 133. DOMINGO MODESTO TEJERITA
- 10) - " 134. CELIO ANTONIO CAVALLO
- 11) - " 135. JUAN CARLOS GERONIMO
- 12) - " 137. JULIO ARGANARAZ
- 13) - " 140. RICARDO
- 14) - " 158. DOCTORA MARCOLONGO
- 15) - " 162. BLANCA MARTINEZ
- 16) - " 163. CARLOS AMISTIDES GONZALEZ
- 17) - " 172. JIMENEZ LAZCAHO (a) "PELLO" ó "PATO"
- 18) - " 183. LUIS ALBERTO KERSUL
- 19) - " 187. ROBERTO JORGE LAZCAHO
- 20) - " 190. ROBERTO HUIZ
- 21) - " 195. CRISTELA INES DIAZ TAPIA DE VERDEGAS MUÑOZ
- 22) - " --- ALDO SOLDATI
- 23) - " 200. SANTOS ANGEL DURAN
- 24) - " 201. HUGO ROLANDO LIQUIN
- 25) - " 203. DANIEL BILLORE
- 26) - " 204. CUÑADO DEL "CHANCEA MEDINA"
- 27) - " 205. DOMINGO CORONEL
- 28) - " 160. CABO CEJAS (DE LA POLICIA DE TUCUMAN)



Curiosamente Luis fue la puerta de entrada a mi doctorado. Poder contar su biografía, que hayan aparecido esas listas de Clemente que daban cuenta de la organización de un plan sistemático de represión, haber exhumado sus fotos en *La Gaceta* y en el álbum familiar y haber crecido escuchando sus historias de primera fuente, me permitieron, en aquel entonces, comprender las formas sutiles con las que se van armando las novelas familiares y las historias que se transmiten entre generaciones. Pude articular un texto sobre él que se sostiene entre los archivos públicos y familiares, entre la experiencia propia y ajena.

Una experiencia tan distinta a la que me sucede con papá que no aparece mencionado en aquella tesis, aunque la desazón que me genera su ausencia puede ser la explicación a por qué sigo leyendo historias de desaparecidos por el terrorismo de Estado en la década de 1970 y a por qué escribo novelas. No puedo articular un relato sobre mi viejo porque no encuentro respuestas a las preguntas, porque no apareció en ningún documento de archivo, porque todo lo que lo rodea pareciera ser cabos sueltos. Sin embargo, su vida comparte con la de Luis un mismo tiempo histórico, ese en el que los milicos te requisaban la casa o te hacían figurar en una lista: un tiempo de terror.

A veces pienso que la vida de papá quedó detenida en su mente en esos años, lo digo pensando que aún lamenta muertes y ausencias que sucedieron entonces, que recuerda con mucha avidez detalles sutiles como ese cuento de la Vieja Cachavacha que yo olvidé por completo y que los autores que cita de memoria y siempre relee son los de esos años: César Vallejo, Jorge Luis Borges, Alberto Girri, José Hernández. Ahora que lo pienso, quizás mi novela fue el único libro contemporáneo que leyó y por esa desconexión entre aquel tiempo y este fue que él no se reconoció en el relato. Lo entiendo, porque a mí también me cuesta leer una forma de la lengua que está en desuso. Pero también es probable que la desconexión no sea solo epocal. Quizá, en su mente, él todavía vive en la convicción de aquel juramento hipocrático que realizó en marzo de 1976 o en el entusiasmo de caminar por la calle con aquella nena que fui.

Me pregunto si papá leerá este nuevo libro cuando se publique y se reconocerá en él. Están sus fotos acá. O quizás soy yo la que lo inventa mientras escribo. Cuento un cuento de papá que probablemente sea tan malo y olvidable como el de la Vieja Cachavacha.

Hablar de mi mamá es más difícil, un poco porque sé que va a leer esto y un poco también porque nuestra historia juntas está siendo *since* 1984. En el taller de *Mandarinas bajo el sol* escribí mucho sobre ella en un tono que es alegre, agradecido, feliz. Un tono que no es el de este libro porque en nuestro vínculo no hay nostalgia ni melancolía, quizás esos sean los tonos de las cosas muertas. Por el contrario, el tono de nosotras está marcado por un flujo de vitalidad que a veces es alegre y otras furibundo pero siempre, de cercanía incondicional.

Lo que es seguro es que la mayoría de las veces me gusta descubrirla en esos pequeños gestos que repito de ella, que se me pegaron por la cercanía en la convivencia, por verla siempre. Como esa serie de fotos que me encanta que llamo «Tortas de cumpleaños» en las que, al momento de las velitas, siempre encuentro a mi mamá entre la multitud de niños que se amontonan frente a la torta. Mi mamá prende las velas, corta las porciones, se chupa un dedo lleno de merengue, hace cosas con sus manos, es hermosa.

En las fotos de cumpleaños de mis hijos, al momento de la torta, yo aparezco haciendo esas mismas cosas, como si no tuviéramos tiempo de mirar a cámara y sonreír por un instante porque estamos más ocupadas en prender las velas, cortar las porciones, chuparnos un dedo lleno de merengue. Un gesto de acción que le aprendí de tanto mirarla hacer lo mismo, un gesto que no es solemne como el brazo levantado de mi papá en su juramento sino que es cotidiano como la vida que seguimos viviendo juntas, ella y yo, a la mañana siguiente, cuando nos despertamos en la casa del Barrio Padilla y papá ya se había ido.



SOBRE LA AUTORA



CRÉDITOS: PEDRO NOLI

VICTORIA DAONA

Soy Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET). Doctora y Magister en Ciencias Sociales y Licenciada en Letras. En 2008 obtuve la Medalla de honor de la Academia Argentina de Letras y en el año 2023 gané el Premio Bernabé Araoz al conocimiento monterizo. Desde el año 2006 integro proyectos de investigación financiados por la Universidad Nacional de Tucumán. Trabajé como investigadora y

entrevistadora de víctimas del terrorismo de Estado en la asociación civil Memoria Abierta. En 2020 junto a Pedro Noli fundamos *Mandarinas bajo el sol*: un proyecto de producción y difusión de relatos autobiográficos, talleres de escritura, podcasts y ediciones de libros. En abril de 2024 fuimos invitados a dictar talleres en la Universidad de Harvard. En 2023 publiqué la novela *Una familia para mí*. *Dientes de leche* es una respuesta a esa novela y es también mi segundo libro.

COLECCIÓN **TESTIMONIOS**

dirigida por Daniela Gauna

Huellas ante el olvido.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.

Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



UNL • FACULTAD
DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS



ediciones **UNL**

Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Gestión digital: Programa Bibliotecas UNL

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Daona, Victoria

Dientes de leche / Victoria Daona. —1a ed.—

Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral;

Tucumán: Mandarinas bajo el sol, 2026.

Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera.

Testimonios)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-474-0

1. Memorias. 2. Narrativa Testimonial.

3. Autobiografías. I. Título.

CDD A860

© Victoria Daona, 2026.

© de las editoriales: Vera cartonera,
Mandarinas bajo el sol, 2026.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento–NoComercial–
CompartirIgual 4.0 Internacional